

# EVERYTHING NOW

Luis David López Delgado

*Lic. en Letras Hispánicas UAA, 6° semestre*

Siempre he querido ser creador; creador de la destrucción por un mundo mejor: un mundo nuevo. Eso me decía caminando hacia el consultorio del doc. Al sentarme frente a él para la sesión terapéutica, el doc me preguntó cuáles eran mis flores favoritas y respondí que las de la ponzoña. A partir de aquella responsiva, esa mañana quise sustraer toda la ponzoña de Gaia para asfixiarme con caricias en ella. El doc no supo qué decir.

Yo estaba en depresión según el doc. Él, que a veces se le da por ser científico, me recomendó que la mejor manera de combatir esa depresión tan profunda con la que andaba por el mundo (el terráqueo le digo yo) era construir una máquina. Dijo él que eso me ayudaría.

—¿Una máquina, doc? —le pregunté medio ahogándome con el café que siempre me da en las terapias. Yo le pongo un tanto de vodka y de repente se me olvida mi tristeza, entonces me burlo hacia mis adentros y “¿Una máquina, doc?”. El doc contestó que crear máquinas nos ayudaba, a nosotros los humanos, a superar nuestras inferioridades, nuestras depresiones.

—¡Qué amable, mire qué listo doc! —le contesté simpático y no le cuestioné más. Recordé aquellas máquinas que mantienen a mi familia tan normal, tan tranquila, tan ajena a mí y a mi tristeza. Ellos depuran las suyas en esas máquinas: mi madre al pendiente de la televisión y su vómito de imágenes, la que encantaba a mi hermano cuando éramos niños y que cambió por una interactiva, la consola Xbox. En cambio, yo preferí el papel y me puse a leer como desquiciado, incluso desde antes de que mi hermano fuera fiel seguidor de la tele. Como mi madre ahora, que la tiene frente a ella todo el día, depurando sus tristezas en las historias que dramatizan. Las mismas historias que mi hermano dirige desde un control y que yo leo.

—¿De esa clase de máquinas, doc? —pensé para mí mientras que el buen doc solamente seguía asintiendo. Desde hace unos minutos, mientras que yo pensaba en esas máquinas depuradoras de mi familia, él me explicaba que una cosa es ser controlado por una máquina y que otra es crearla; la primera es para los imbéciles, dijo el doc, y la segunda, para los genios. Después concluyó que los genios se miden en la grandeza de sus máquinas.

El doc me comentó que antes de construir una máquina había que encontrar la razón de mis tristezas. Ese doc siempre ha sido un hombre ocurrente.

—Pues si yo nací triste —le dije para después tomarle a la taza y pensar, sin decir nada y sin despegarme de ella, por miedo a ver la imagen que evocó su rostro después de mi idiotez previamente dicha. En todo caso y para no sumirnos al doc y a mí en una atmósfera existencial, callé. Aquellas crisis existenciales que creaban entornos que sólo desaparecían con depuradores. Si bien mi depurador, la literatura, gozaba de muchas cualidades como las máquinas depuradoras de mi hermano o mi madre, como la exposición de historias; creo que la literatura es diferente, es un arma de doble filo con efectos contraproducentes. Mi hermano y mi madre, por ejemplo, viven extasiados con historias que encuentran en sus respectivas máquinas, yo, en cambio, entre más historias me ofrece la literatura, más quiero, más me azota la tristeza y no sé qué hacer ni tampoco sé por qué. Crear literatura no es lo mismo que leerla, son efectos distintos y, aunque ambos hechos son en serio diferentes, la verdad es que ambas son un arma.

Un arma poderosa.

—La literatura, doc, eso me tiene de la chingada. Ya vio que no es dioquis el vodka que le echo al café que me da, puro estrago para dejar de pensar tanto.

—Ya hemos hablado de tus adicciones, Regino, por favor —dijo bien acá. Doc, jijo de su pinche madre, tan ajeno a mí siempre, como mi familia. Continuó diciendo que quería saber de mi tristeza, y ahora quise culpar al tiempo y su manía de jamás querer detenerse. Siempre pienso que el futuro tiene cosas desastrosas en él y que el tiempo nunca se detiene. De verdad parece que le urge llegar a ese futuro. Después supe que sólo la literatura —de hecho, creo que todo el arte— tiene el poder de detenerlo, porque creo que el arte lo puede todo. Fue justo ahí que el doc se puso insistente en querer construir un paliativo menos dañino que las drogas para mi tristeza y me recomendó construir una máquina.

El vodka en el café mientras hablaba con el doc comenzó a merodear por mi sangre y recordé mi tristeza, mi verdadera tristeza: la humanidad.

La humanidad cogiéndose el cuerpo del amor de mi vida: Gaia.

Me enamoré de Gaia como las personas se enamoran de otras. Y, aunque ahora sé que Gaia no es un humano tangible, me enamoré de ella precisamente porque no sabía que se le podía mirar como a una persona. Lo supe gracias a la literatura, un documental y un amigo de la infancia al que le entusiasmaba la mitología griega. Cuando le conté que quería poseer la naturaleza del mundo y que necesitaba ser polvo para fecundar la tierra, ese amigo, cuyo nombre ignoro, me explicó el poder del mito, me contó acerca de Gaia:

—Los griegos le dieron una explicación al mundo y a su naturaleza, a casi todas las cosas, por medio de deidades. Sí, todo aquello intangible, grande y misterioso que nos rodea y que vive en nosotros se puede imaginar como una entidad poderosa, materializada, de vez en cuando como humanos, para convivir como nosotros sus adoradores.

Después de lo que me dijo no pude sostener recuerdo alguno de aquella adolescencia alcoholizada y empastillada, pues comencé a leer los mitos para reafirmar todo aquello que me contó. Entonces supe que los campos con sus árboles, animales y todas esas maravillas en las que pensaba cuando me masturbaba, eran accesorios del cuerpo de la titánica diosa Gaia.

Gaia, Gaia, Gaia, decirlo me da paz.

Cuando Gaia yacía en mi cabeza, como una entidad tangible materializándose en el terráqueo, me dio esta tristeza que traigo, yo creo por celoso. No puedo concebir a la raza humana entera abusando violentamente del amor de mi vida, y el hecho de no poder hacer nada me tiene leyendo sin encontrar respuestas. Mis amigos, los pocos que tengo —que me buscan porque me robo las benzas de mi abuelo para posteriormente repartirlas entre nosotros—, me decían que mi depresión, de la que dice el doc, era por falta de sexo, y yo me sorprendía y les gritaba que no, que no, que no, que el sexo es malo. Y es que no puedo creer que el sexo, ese acto sucio de dolor, podía gustarle tanto a todos. Siempre que me restregaban mi tristeza por falta de sexo, recordaba el día que la vida me lo presentó brutalmente a los ocho años:

La noche, como un caudal tan quieto, tan sereno que parecía un espejo. Y de pronto un estallido, un chillido en la planta baja de la

casa, provenía del cuarto de mis papás, y el bullicio crecía hasta que en esos aullidos exasperados reconocí la voz de mi mamá que gritaba “todo ahora, todo ahora”, y entre ellos el grito ahogado de mi padre complaciendo su orden que me llevó a imaginar que le estaba haciendo daño. Bajé las escaleras corriendo y abrí la puerta.

Lloré toda la noche pensando que había nacido mutante como mi padre, con un arma torturadora y castigadora entre las piernas. Al día siguiente, mis padres, al sospechar mi presencia en la habitación la noche anterior, al no poder sacarme información siquiera de que estuve ahí, me dijeron que, visto o no visto, escuchado o no escuchado, el tiempo, ese enemigo mortal por cruel al no querer frenarse, me iba a mostrar que el sexo es un acto de amor y no de odio. Yo no entendí nada en ese momento, no comprendí la palabra *sexo* hasta años después, cuando me di cuenta de que es una máquina humana extraordinaria cuando se dedica a satisfacer todos los engranajes, pero cuando se impone para complacer sólo algunos, es un averno. También me di cuenta de que el sexo era la máquina que depuraba a mi papá; la de mi madre, la televisión que le compró mi padre meses después del incidente nocturno y que obligó a mi padre a buscar a alguien más que quisiera ser un engranaje funcional para su máquina sexo-erótica.

Me hice una promesa. Primeramente, jamás me cogería a Gaia, e incluso iba a regresarle su castidad, le devolvería su plenitud, aquella que el humano se ha dedicado a masacrar cogiéndosela. Qué acto sexual más repulsivo. Después pensaría en destruir a la humanidad, a ese virus corrosivo que carcome las paredes uterinas de Gaia. Los destruiría con lo que más les gusta: el sexo. Sólo me falta saber de qué manera podría hacer algo tan demencial y, sólo así, regresar a Gaia su espíritu incorrupto. Actuaría como aquella fuente cerca de Argos en donde Hera se bañaba en sus aguas para volver a ser mito, renovando su virginidad.

—Doc, ya sé qué tipo de máquina construiré —le grité entusiasmado con un eructo de vodka *latte*.

Salí del consultorio tambaleándome y de ese modo llegué directo hasta mi cuarto, en busca de al menos una benza para echar manos a la obra a esa máquina que el doc me aconsejó construir. Sí, a esa que desde ahora quiero denominar máquina-literaria-de-vapor para destruir a la humanidad y darle, con ese acto de amor, *todo ahora* a Gaia. El nombre de la máquina: *Everything now*.

## *Everything now*

*Esta es una ciudad sin nombre, en realidad, lo único que tiene nombre es la natura: Gaia. Es una ciudad que utilizó el vapor como sustento sin saber que sería su propio exterminio.*

Una ciudad que he decidido utilizar como la estructura de la máquina.

*Ese día al despertar, Ana y Ano, antes de que alguno dijera cosa alguna, supieron, con este nuevo amanecer, que no estaban solos. Solos con Gaia.*

*Fue ahí que se dieron cuenta de que eran parte de una máquina, y que estas hojas son el latón por donde pasa el vapor que hace funcionar esta máquina que me gusta denominar cuento. Ya saben que ellos son el vapor y yo el creador y destructor de esta máquina que va a funcionar como un dildo purificador para Gaia.*

*Ana admiraba mucho a Ano. Sólo se demostraban su amor con besos porque Ana también quería ser Ano. Ana admiraba mucho a Ano, pero sobre todo admiraba su pene. Ana quería uno y desesperada le pedía el suyo a Ano.*

Con el deseo de Ana busco comenzar a embonar, poco a poco, los engranajes de esta máquina.

*Ana y Ano, con la frustración de Ana bajo el brazo, salieron a admirar el paisaje de latón y todo ese vapor que cubría el ambiente. Las máquinas doradas emulaban con sus engranes diversas dosis de nostalgia y sorpresa.*

El lugar necesita ser steampunk por dos razones: la primera, dotarme de mucha materia prima para esta máquina; y la segunda, hacer a la máquina bella otra vez. Recuerdo que entre los muchos videojuegos que reproducía el Xbox de mi hermano había uno que llamaba especialmente mi atención. No recuerdo su nombre, jugaba mucho, pero éste hablaba de amor y de máquinas turbo estéticas de

vapor, doradas y de fluidos y pieles. “Definitivamente era un videojuego steampunk-porno-afectivo-amoroso-trascendental” me dije y jamás pensé que las máquinas podían ser así de bellas.

*Ana y Ano fueron la cabeza de este motor que comenzó poco a poco a funcionar. Ano decidió crearle a Ana un falo de metales cobrizos con pequeños engranajes que lo alargaron o lo acortaron, lo ensancharon o lo estrecharon. La sometió a una cirugía y Ana, con asco por sentirse deforme con una verga de metal, dijo decidida que ahora era Ano, y Ano se construyó otro falo igual al de Ano —antes Ana— que sustituyó por el suyo biológico como un acto de equidad anatómica. Comenzaron a ser tendencia aquellos cuerpos con máquinas incrustadas. Tendencia comenzaron a ser todos esos fierros dorados, cobrizos, esos mismos que tapizaban las calles y edificios, esos metales tan distintos a la maquinaria que funcionaba con electricidad y petróleo de otras ciudades.*

*¡El vapor que las movía y lo estéticas que eran las máquinas aquí! Qué hermosas siluetas cobrizas y cómo lucían entremezcladas con la piel humana, siempre esplendorosa satisfaciendo las necesidades corpóreas del hombre. Y es que el hombre solamente necesita un pretexto para destruir y acaparar todo lo valioso.*

*Las personas de otras ciudades abandonaron su hogar y emigraron a esta ciudad sin nombre y con mucho latón y vapor, en donde reemplazaron partes de su cuerpo que no les agradaban y las intercambiaron por otras motorizadas que los dos Ano colocaron con cirugía. Y comenzaron a hacer grandes riquezas con todos esos extranjeros que venían por un culo más redondo que se moviera con parsimonia gracias a su engranaje, o unas tetas inmensas que crecían o se encogían según la funcionalidad del hospedero. Y es que cualquier parte del cuerpo podía ser sustituida por alguna otra parte mecánica.*

En este punto, la máquina ha comenzado a funcionar formidablemente. Está constituyendo sus partes correctamente. Gaia, te voy a sacar toda esa bazofia de encima.

*Los Ano, y en general ningún humano, saben el costo de la ambición. Las máquinas, al menos las que funcionan con vapor, tienden a buscarse, a unir su respectivo engranaje para funcionar, para fortalecerse, para hacerse más grandes. ¡Qué parecida la máquina al humano! Seguro por eso se ven tan bien mezclados. La máquina siempre busca poder, como su creador. Las máquinas tienden a buscarse porque en su naturaleza está la función y en su función la necesidad de unirse, para hacerse una. No muy distinto como los humanos con el sexo.*

¿Y si las fusionamos para engendrar destrucción con placer? ¿Como un acto de amor para la humanidad y para Gaia? Recuerdo cuando el doc me preguntó que de qué manera quería morirme. Le respondí que de un orgasmo, y precisamente ese es el antibiótico que erradicará a cada hombre sobre el terráqueo, sobre el cuerpo de mi bella Gaia, una muerte afín a la que a mí me gustaría tener. Terencio y su sentencia siguen en mí: *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*. “Humano soy, por lo tanto, nada de lo humano me es ajeno”.

*Nadie recuerda el tamaño del falo, del dildo o de la bala que simulaba esta caprotada de humanos y máquinas y que sobresalía un poco de la atmósfera. Seguramente, porque no había humano racional sobre la faz del terráqueo que no estuviera anclado a la estructura que se irguió sobre la ciudad sin nombre de donde provienen nuestros empresarios y cabeza de motor de esta máquina: los Ano. Lo que seguramente recordarán es el bullicio de gemidos que daba vueltas una y otra vez. Ese griterío paseado por el viento por el cuerpo de Gaia, que provenía de esa escultura fálica que pronto despegaría lejos de cada centímetro cúbico de Gaia, mi amor, mi princesa.*

*Todos en esa estructura disfrutaban de un repetido orgasmo secuencial y múltiple. El cobre sobre la piel hace de los orgasmos algo perdurable.*

*Esto es un texto de vapor o una máquina textual. Soy yo, Regino Valencia, creador de la máquina que le retornará a Gaia sus placeres exterminando, con sexo, al humano-bacteria.*

*¿Y yo, doc? El Revólver que lanza, ahora mismo, la bala de orgía humana al espacio. Mientras la bala despega disparada sabía que le estaba dando, tanto a Gaia como al humano, todo ahora. Todo ahora.*

*¡PUM!*

Ya no pude volver a ver al doc, pero le he enviado un pequeño mensaje:

“Doc, creo que la máquina que me ha aconsejado construir ha rendido frutos. No se me ha ido la tristeza, pero estoy seguro de que entre más máquinas vaya creando, encontraré la correcta que ‘erradique mi depresión’. No pregunte, no se la voy a mostrar ni le diré de qué va ésta, mi primera máquina, sólo sé que ha sabido ser un buen paliativo cada que acudo a ella.

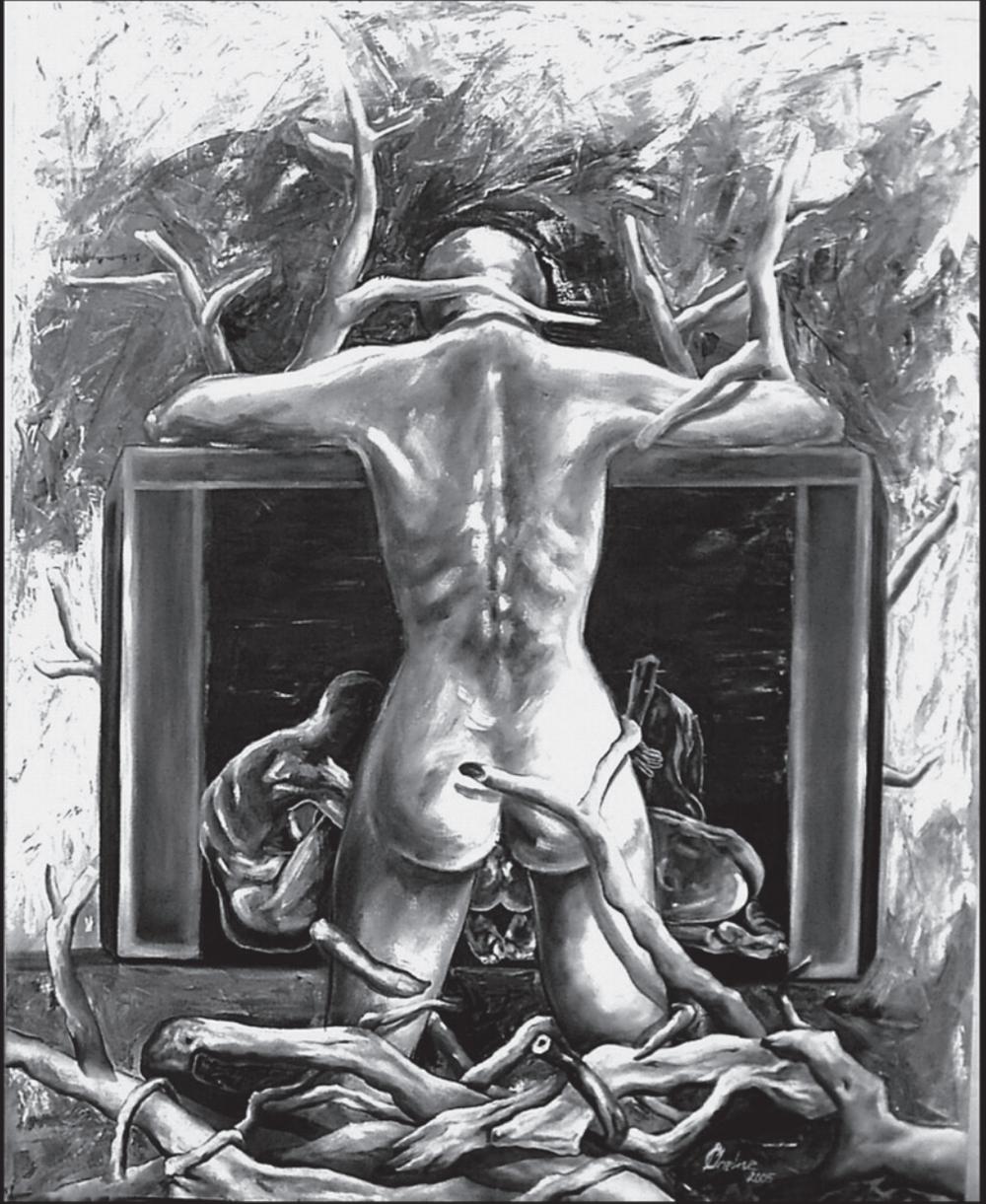
”Ya sabe que soy débil y mucho más cuando estoy pedo. Le anexo la máquina en la siguiente hoja.

”Posdata. Es aquí, en mi máquina híbrida de humano y latón, entre creador y creación, entre amor y beatitud, el poder. El humano tan sexual, la máquina perpetua: un placer prolongado. ¿Y yo? Un triste drogadicto constructor y destructor. Soñador y lector”.



—¿La finalidad de la máquina que voy a hacer, aparte de curar, dice usted, mi depresión? Mire, doc, son varias —y comencé a enumerarlas con los dedos de mi mano— la fertilidad, la virginidad y la purificación de Gaia; darle placer a la humanidad...

—Doc, no. ¿Un mensaje para Gaia desde mis adentros?: Me follaría a cada homínido del terráqueo menos a usted.



*Muros de silencio*, Liliana Cortina Rosabal.